

**VÁSQUEZ BERNABÉ, Ismael (director y guionista). *Hilando Sones*.
Ficha Cine, Bambú Audiovisual, Estudios Churubusco Azteca,
México, 2023.**

GEOVANI VALTIERRA GIL

Investigador independiente

Xochistlahuaca, Guerrero, México

chiaymara2015@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-6330-0144>

Escribo esta reseña desde mi sentir y mi pensar como *ts'aⁿcue ñomndaa* (amuzgo) de Xochistlahuaca, Guerrero. Aunque mi comunidad se encuentra a cierta distancia de San Pedro Amuzgos, Oaxaca, la división geopolítica de nuestro territorio no ha logrado resquebrajar los lazos que compartimos: la lengua *ñomndaa*, la identidad cultural, la memoria heredada y este mismo *territorioncue* (territorio de los amuzgos) que nos sostiene. El documental *Hilando Sones* me habla desde esa raíz compartida. Me reconoce y yo me reconozco en él. Su hilo narrativo —el *jnom*, el telar de cintura— y los sones *som ndolei* (el son del violín) que lo atraviesan convocan un mismo pulso que une a los *nn'aⁿcue ñomndaa* en un sentir profundo del habitar nuestro *tsjomnancue* (el mundo amuzgo).

El documental tiene como objetivo mostrar la profunda relación entre el *jnom*, la música del son del violín y la vida cotidiana de la población *nn'aⁿcue ñomndaa*, revelando cómo estas prácticas constituyen no sólo expresiones artísticas, sino también formas de memoria, transmisión de saberes y continuidad cultural del *territorioncue*.

La narrativa del audiovisual se estructura a partir de un recorrido por distintas escenas de la vida cotidiana en San Pedro Amuzgos. A través de testimonios, imágenes y sonidos del territorio, así como de momentos de transmisión de saberes, el documental entrelaza tres ejes centrales: el *jnom* (telar de cintura), el *som ndolei* (son del violín) y las memorias de las personas que mantienen vivos estos conocimientos. De este modo, el filme va tejiendo una reflexión sobre la continuidad, pero también sobre la fragilidad de estas prácticas culturales frente al paso del tiempo y las transformaciones socioculturales.

La primera escena es un acto de revelación. La memoria de Ismael emerge entre los movimientos del telar como un resplandor antiguo: los hilos vibran, los palos repican y su voz se enhebra con los colores que danzan en la urdimbre. Sus recuerdos no se cuentan, se tejen. Cada gesto del telar es un latido de la infancia, cada sonido abre un pliegue de su vida. Ese lienzo que se forma ante nuestros ojos es también el lienzo que habitamos quienes crecimos entre hilos, sombras de árboles y el murmullo del patio donde nuestras madres amarraban el *ts'uaa jndya*, el mecate que sostiene el telar. Allí comenzó nuestra cotidianidad. Allí aprendimos que toda historia nace con los cuidados de la mamá con el lienzo del tejido ancestral.

Mientras observo, las escenas del documental despiertan en mí un torbellino de emociones. Los paisajes, la música, la poesía del idioma *ñomndaa* de su variante dialectal de

San Pedro Amuzgos: todo se entrelaza como hilos de un mismo tejido. Algunas palabras cambian de región en región, otras permanecen intactas, resguardadas por la memoria colectiva. *Jnom*, *som ndolei* y el *tsjomnancue* son palabras que compartimos, palabras que permanecen. El documental nos invita a aprender a escuchar el *territorioncue*. A sentir su urdimbre profunda hecha de sonidos, cantos, colores y cicatrices del tiempo. Nos muestra que el silencio es un abismo: allí donde deja de sonar la vida, empieza la muerte. Entre las especies que aparecen, la presencia de la *chicar'eii* —la chicharra— resulta fundamental: su canto anuncia la maduración de los frutos de temporal, el advenimiento de los mangos y de la ciruela. Su sonido es abundancia, es temporada y es un ciclo que inicia.

Donato Núñez Hernández recuerda que para los *nn'a'ncue ñomndaa* los aprendizajes son vivenciales, se transmiten en la piel. Así aprendió él a tocar el violín: escuchando a los ancianos en las mayordomías. Don Donato fue un pilar del *som tsei'luaa*, un guardián de la música que sostiene nuestras fiestas y danzas. Su muerte sembró un silencio doloroso, un vacío que hizo temblar la continuidad de ese legado. Aun así, la juventud —a pesar de las carencias y la ausencia de instrumentos— busca sostener esa herencia. Su resistencia es también un acto de esperanza.

El territorio vibra en cada gesto. El *jnom* (el telar de cintura) se construye con materiales del entorno: así lo muestra Zoila Bernabé Merino cuando, con un machete, corta un bambú y lo talla para dar forma al palo del telar. Nada es ajeno al paisaje: árboles, hojas, sonido, música, danza, agua. Todo participa y se entrelaza para complementarse y facilitar la sobrevivencia. El territorio también anuncia sus ausencias. La muerte de don Donato marcó un silenciamiento abrupto: “nadie más tocó el violín”, recuerda Ismael. Entonces surge la pregunta que atraviesa todo el documental: ¿qué ocurre con el trabajo de quien muere? ¿Desaparece con su cuerpo? ¿Se pierde el esfuerzo sembrado en la tierra?

Para nosotros, los *nn'anncue ñomndaa*, ésta es una preocupación constante. Hemos visto cómo las tradiciones se desvanecen lentamente: el telar de cintura, los sones del violín, las prácticas que sostienen nuestra identidad. No obstante también hay resistencias y continuidad. Zoila aprendió a tejer a los doce años, imitando a su madre. Sus herramientas provienen del monte, del patio, de lo que nos ofrece la tierra. El *som ndolei* (son del violín) sufre un destino similar. Ante la falta de instrumentos, Lorenzo recuerda cómo su padre fabricó uno con corteza de platanar. Ese gesto revela la creatividad ancestral que nos ha permitido sobrevivir: usamos lo que el territorio provee para darle sonido a nuestra existencia.

En una de las escenas más entrañables, Zoila teje mientras su nieta, con un amuleto rojo en el brazo, tira del *ts'oom x'e* (el alzador) del telar. El diálogo fluye entre el idioma *ñomndaa* y el español, evidenciando el cambio generacional, la pérdida creciente de la lengua entre la niñez y la juventud y, al mismo tiempo, la persistencia de la transmisión de saberes entre abuela y nieta. La muerte de don Donato me recordó otro episodio en mi propia comunidad, cuando colaboraba en la Radio Ñomndaa. Promovíamos la música del son del violín, pero su continuidad dependía de unos cuantos músicos mayores. Uno de ellos, muy querido, antes de morir pidió que dibujaran un violín en su tumba y

el dibujo permanece en la actualidad, pero con él se fue su instrumento. Su muerte dejó en silencio, una historia que nadie más supo tocar.

El *cajnoom'* (el búho) aparece en el documental como anunciador de muerte, posado en la rama del árbol. Para nosotros es un presagio, un guardián del tránsito entre mundos. Junto a él, las gallinas, guajolotes, perros, gatos, chivos, pájaros y hormigas forman parte de nuestra cotidianidad: forman parte de nuestras vidas y nos acompañan en nuestro caminar. El telar también narra rupturas. Cuando el *tsaⁿ jnom* (hilo del telar) se rompe, Ismael nos recuerda que el equilibrio comunitario depende de esos lazos. Un hilo roto es una fractura social, un aviso del riesgo de perder lo que sostiene a la comunidad. Las redes de apoyo en las festividades, el trabajo comunitario, la música del violín, todo participa en ese tejido vivo.

La milpa y el riachuelo del *ndaatioo* (el agua) que proviene del *ntsaa* (el sistema de riego tradicional), recorre la milpa emitiendo un sonido y hace su propio camino, el camino del agua para regar las plantas. El *ndaatioo* fluye, simbolizando el proceso de aprendizaje de don Lorenzo. La escena del día de muertos —el *ncuee l'oo*— ilumina el filme con flores, velas y rezos. Es el territorio reencontrándose con quienes ya partieron. La luz de las velas es también la luz de las memorias que siguen habitando en los vivos que resguardan la llegada de sus seres queridos.

Zoila nos recuerda que llevamos con nosotros las historias de nuestros ancestros, somos parte de ellos como los hilos que conforman el huipil y representan el soporte de nuestros anhelos, así como de nuestras aspiraciones. La muerte física no es el fin, ni la ausencia definitiva porque los lazos que se forjan perduran más allá de la materialidad. La algarabía que se gesta en el panteón y la celebración de la festividad del día de muertos, flores y ofrendas; como su nombre lo dice, *ncuee l'oo* (días de los muertos) es la celebración de esos lazos y encuentros. La luz de las veladoras, los rezos y el aroma del cempaxúchitl marcan este tránsito entre mundos: el material y el cósmico, que se encuentran para abrazarse, para recordar, para convivir por un momento.

La muerte es una presencia constante, aceptada con dignidad por los ancianos. Así lo muestra Lorenzo cuando narra cómo su padre insistió en preparar su tumba antes de morir. Es el reconocimiento de nuestra finitud, es la manera de asegurar el tránsito. Las últimas escenas revelan la resistencia: el carnaval, los hombres vestidos con huipil bailando al son del violín, los danzantes de la conquista, Zoila usando el telar como extensión de su cuerpo. El huipil se convierte en piel, en territorio, en historia.

Y allí, en ese entrelazamiento, surge la esperanza: don Lorenzo revive la música de don Donato; Zoila conserva y enseña el legado del *jnom*. A pesar de los silencios y las pérdidas, algo sigue latiendo. El silencio de la muerte se transforma en aprendizaje. La preocupación por la pérdida del telar, del violín, de las festividades y de la lengua es, en realidad, la preocupación mayor: el silenciamiento del *tsjomnancue*, del territorio mismo y de sus sonidos. Pero mientras exista un hilo, aunque sea frágil, habrá posibilidad de volver a tejer. Y esa esperanza, como la música de don Donato o el canto de la *chicar'eii*, nos convoca a seguir hilando sones del territorio.

En este sentido, *Hilando Sones* no sólo documenta prácticas culturales del pueblo *nn'aⁿncue ñomndaa*, sino que plantea una reflexión profunda sobre la continuidad de los

saberes comunitarios y las formas en que la memoria, el territorio y las relaciones intergeneracionales permiten sostenerlos. El documental nos recuerda que mientras exista alguien dispuesto a aprender, enseñar y escuchar los sonidos del territorio, el tejido cultural del pueblo amuzgo seguirá encontrando caminos para persistir.

Por su profundidad etnográfica y su sensibilidad narrativa, este documental puede resultar de interés tanto para el público general como para investigadores, estudiantes y personas interesadas en los pueblos originarios, las artes comunitarias y las formas de transmisión de los saberes tradicionales de México.